

## Trabajo Fin de Grado

España durante la Primera Guerra Mundial.  
Una neutralidad forzada.

Spain during the First World War.  
A forced neutrality.

Autor

Alfredo Notivol Rived

Director

Pilar Salomón Chéliz

Facultad de Filosofía y Letras  
2017

# ÍNDICE

1. Introducción.....	<i>Pág.3.</i>
2. Consideraciones previas en torno a la Primera Guerra Mundial (1914-1918).	
2.1.    Causas del conflicto. ....	<i>Pág.5.</i>
2.2.    Estallido del conflicto. La crisis de julio de 1914. ....	<i>Pág. 11.</i>
3. La posición de España ante la Gran Guerra (1914-1918).	
3.1.    La cuestión española antes de la Gran Guerra: una crisis total.....	<i>Pág.12.</i>
3.2.    Una neutralidad forzosa.....	<i>Pág.16.</i>
4. La Primera Guerra Mundial en España: repercusiones.	
4.1.    Las repercusiones económicas de la Primera Guerra Mundial en España.....	<i>Pág.21.</i>
4.2.    Repercusiones político-sociales de la Primera Guerra Mundial en España. ....	<i>Pág.27.</i>
5. Balance final: España tras la Primera Guerra Mundial.	
5.1.    El final de la Gran Guerra: panorámica general de Europa tras la Primera Guerra Mundial.....	<i>Pág.32.</i>
5.2.    España tras la Primera Guerra Mundial: la crisis del sistema y el fin del turno: uno de los daños colaterales de la Gran Guerra. ....	<i>Pág.34.</i>
6. Conclusiones.....	<i>Pág.40.</i>
7. Bibliografía utilizada.....	<i>Pág.43.</i>

## 1. Introducción

*“Existente, por desgracia, el estado de guerra entre Austria-Hungría y Serbia, según comunicó por telégrafo el embajador de España en Viena, el Gobierno se cree en el deber de ordenar la más estricta neutralidad a los súbditos españoles, con arreglo a las leyes vigentes y a los principios del Derecho público internacional [...] cualquier acto hostil que pueda considerarse contrario a la más estricta neutralidad, perderán el derecho a la protección del Gobierno de S.M. y sufrirán las consecuencias de las medidas que adopten los beligerantes”<sup>1</sup>.*

El texto anterior forma parte del Parte Oficial que el gobierno insertó en el diario la Gaceta, el 30 de julio de 1914, dos días después de la declaración de guerra de Austria-Hungría a Serbia. Igualmente, el día 7 de agosto de ese mismo año, el gobierno español reafirmó su postura neutral ante el conflicto europeo advirtiéndole que *“serán igualmente castigados, conforme al artículo 150 del Código Penal, los Agentes nacionales o extranjeros que promovieren en territorio español el reclutamiento de soldados para cualesquiera de los Ejércitos o escuadras beligerantes”<sup>2</sup>.*

Efectivamente, tanto el gobierno, presidido a la sazón por el conservador Eduardo Dato, como el monarca Alfonso XIII coincidieron en que lo más idóneo era alejar al país del conflicto europeo, por lo que la neutralidad española ante la Gran Guerra estaba asegurada, pero no así el debate, el cual acababa de empezar. Durante los cuatro años que se prolongó el conflicto, España se vio envuelta en turbulentas tensiones como consecuencia del desarrollo de la guerra, la primera a escala planetaria. Además, no tardó en generarse en la sociedad española una división entre los simpatizantes de los alemanes o *germanófilos*, y los partidarios de los aliados, los llamados *aliadófilos*. Igualmente, la declaración por parte de las autoridades del Estado convirtió a España en un caldo de cultivo de las labores propagandísticas y los servicios de espionaje de los

---

<sup>1</sup> Información obtenida de la Colección Histórica del BOE. Gaceta de Madrid Núm. 211, 30 de julio de 1914, página 238. Sección de Política.- *Ordenando a los súbditos españoles la más estricta neutralidad en el conflicto entre Austria, Hungría y Servia.* <https://www.boe.es/datos/pdfs/BOE//1914/211/A00238-00238.pdf>

<sup>2</sup> Información obtenida de la Colección Histórica del BOE. Gaceta de Madrid núm. 219, 7 de agosto de 1914, página 306. Sección de Política.- *Ordenando a los súbditos españoles la más estricta neutralidad en el actual conflicto europeo.* <https://www.boe.es/datos/pdfs/BOE//1914/219/A00306-00306.pdf>

distintos beligerantes, sirviéndose de la supuesta neutralidad española (Valdeón, Pérez y Juliá, 2006: 469).

Lo cierto es que nada volvió a ser como antes tras la Primera Guerra Mundial. España, a pesar de su neutralidad, no escapó a los cambios que el conflicto introdujo en el mundo. En el terreno económico, España vivió un considerable boom económico al convertirse el país en una fuente de suministros de los países en guerra, especialmente a partir del año 1915. No obstante, el aumento de las exportaciones originó una escasez de alimentos dentro de las fronteras del país que condujo a una inflación de los precios que generó numerosas revueltas por parte de la población (Valdeón, Pérez y Juliá, 2006: 469).

En el terreno político, la guerra oscureció el prestigio que otrora había tenido el parlamentarismo, presentando a las dictaduras como una solución política. En ese sentido, España acogió con buenos ojos la dictadura de Miguel Primo de Rivera, tal y como un año antes, en 1922, Italia lo había hecho con Benito Mussolini, y diez años después, en 1933, Alemania lo hizo con Adolf Hitler (Valdeón, Pérez y Juliá, 2006: 469).

La Primera Guerra Mundial es un conflicto que siempre ha llamado mi atención por las consecuencias que de ella derivaron y de las nuevas situaciones que se plantearon tras 1918. Me pareció interesante el hacer un trabajo que tratara algún aspecto sobre la Gran Guerra, y más en estas fechas en la que estamos conmemorando su centenario. Desde hace poco están surgiendo nuevos estudios y publicaciones que están incidiendo más en un fenómeno que se consideraba hasta recientemente algo secundario al propio desarrollo del conflicto: las neutralidades. No me dejaba de resultar curioso como una nación como era España no participase de forma directa en la confrontación, ni siquiera cuando otros países como Portugal o Grecia, que también se habían declarado neutrales en 1914, acabaron por participar en ella aunque fuera de forma tardía. Eso me llevo a preguntarme cuáles fueron las causas que llevaron al gobierno español a optar por la neutralidad en el verano de 1914. Si, a pesar de esta postura, el país se vio afectado por el conflicto y de qué manera lo hizo; qué impacto tuvo la Primera Guerra Mundial en la política y la economía de España. Estas cuestiones son las que, precisamente, he querido responder a lo largo de este trabajo.

## ***2. Consideraciones previas en torno a la Primera Guerra Mundial (1914-1918)***

### ***2.1. Causas del Conflicto***

El 28 de julio de 1914 se inició el conflicto bélico más cruento y destructivo que el mundo había conocido hasta la fecha. La Primera Guerra Mundial rompió el siglo de paz que había dejado tras de sí la derrota de Napoleón en 1815, pues después de las guerras napoleónicas ningún otro conflicto había vuelto a implicar a las grandes potencias europeas, si bien es cierto que en el siglo XIX se produjeron cinco conflictos localizados en el territorio europeo: Crimea (1853-1856), Italia (1859), la Guerra de las Siete Semanas (1866), la guerra Franco-Prusiana (1870-1871) y la guerra Ruso-Turca (1877-1878). Igualmente, también se localizaron en el exterior de Europa una serie de conflictos inmediatos a la Gran Guerra: la Guerra de Secesión americana (1861-1865), la rebelión de los Taiping de China (1850-1864), la guerra Anglo-Boer (1899-1902), la guerra Ruso-Japonesa (1904-1905), la guerra Italo-Turca (1911-1912) y las Guerras Balcánicas (1912-1913) (Quijano, 2011: 2).

El 28 de junio de 1914 se produjo el asesinato del heredero de la corona austrohúngara, el archiduque Francisco Fernando, en la lejana ciudad de Sarajevo. Lo que parecía un nuevo acto de violencia, que parecía sumarse a los que con normalidad se producían en la revuelta región de los Balcanes, acabó siendo el detonante de una guerra que, lejos de ser una contienda breve, como todos los beligerantes pensaron en el verano de aquel año, se prolongó cuatro años y se extendió fuera de Europa. Una guerra que acabó en 1918 con la estrepitosa derrota y desaparición de los imperios alemán y austrohúngaro, que darán paso a la creación de nuevos Estados, así como también a la desaparición del imperio de los zares y la dinastía de los Romanov y a la conquista bolchevique del poder.

Un conflicto de tan magnas dimensiones, con sus terribles consecuencias humanas y económicas, no obedece únicamente a una causa, sino que obedece a múltiples motivos de origen variado. Éstas serían: las rivalidades entre las potencias, con la formación de dos bloques antagónicos (la Triple Alianza y la Triple Entente), las tensiones coloniales producidas por las crisis marroquíes, la rivalidad naval entre Gran Bretaña y Alemania y los conflictos existentes en la península Balcánica.

Las relaciones entre Francia y Alemania en el último tercio del siglo XIX fueron muy tensas por las reivindicaciones territoriales francesas sobre los territorios de Alsacia y Lorena que había perdido en 1870, a raíz de la guerra franco-prusiana. Esta enemistad se reavivó a comienzos del siglo XX a causa de las rivalidades coloniales.

A la tensión franco-alemana se agregó la disputa entre los Imperios austro-húngaro y ruso por el control político y económico de la zona de los Balcanes.

También las rivalidades económicas generaron un clima de enfrentamiento. El notable impulso de las relaciones comerciales y financieras, especialmente de Reino Unido y Alemania, los dos Estados con mayor desarrollo industrial y con más actividad comercial, provocó en ocasiones rivalidades en la “batalla económica” por conseguir nuevos mercados. Alemania consideraba que para mantener y aumentar su rápido desarrollo industrial necesitaba extenderse por nuevos mercados y conseguir un imperio colonial en el que situar sus manufacturas. Por su parte Reino Unido veía en el expansionismo alemán una amenaza a su imperio colonial y a su hegemonía comercial.

### **Un sistema de alianzas bipolar**

En los primeros años del siglo XX encontramos Europa dividida en dos grandes bloques antagónicos: la Triple Alianza, que agrupaba a Alemania, Austria-Hungría e Italia, y la Triple Entente, compuesta a su vez por Francia, Rusia y el Reino Unido.

La **Triple Alianza** era herencia de la política exterior de Bismarck. En octubre de 1879 se había creado la Dúplice, una alianza defensiva entre Alemania y Austria-Hungría frente a una Rusia que vio incrementada su influencia en los Balcanes tras su victoria sobre la Sublime Puerta en 1878. El tratado se concluyó con una duración de cinco años, pero se fue renovando constantemente hasta el estallido de la Primera Guerra Mundial. La Triple Alianza se estableció como tal con la incorporación del reino de Italia en 1882, que quería fortalecer su posición ante la expansión francesa en África. Los objetivos de esta Alianza fue crear un equilibrio en Europa favorable a Alemania; aislar diplomáticamente a Francia y asegurar a los austríacos la protección de su frontera sur en caso de conflicto con Rusia en los Balcanes. Pero tras la dimisión de Bismarck en 1890, el emperador Guillermo II dio un giro de 180° a la política exterior alemana con la *Weltpolitik*. Una política que se caracterizó por un nacionalismo expansionista, por el militarismo y el desarrollo de una poderosa flota de guerra.

La **Triple Entente** tenía su origen en un pacto militar que Francia y Rusia firmaron en 1893 por el que se comprometían a movilizar automáticamente sus tropas en caso de ser atacadas por uno de los miembros de la Triple Alianza. De esta manera Francia lograba romper su aislamiento diplomático. Otro paso lo constituyó la firma de la Entente Cordial en abril de 1904 entre Francia y Reino Unido, por el que Francia renunciaba a sus ambiciones sobre Egipto a cambio del apoyo británico a la aspiración francesa de establecer un protectorado sobre Marruecos; la seguridad británica en el estrecho de Gibraltar estaba asegurada por la aceptación española de una zona de influencia que separaría el Marruecos francés del puerto británico. Así Francia e Inglaterra zanjaban sus rivalidades coloniales. Finalmente, en 1907, los esfuerzos franceses por acercar las posiciones rusas y británicas, se tradujo en un acuerdo entre éstos en que repartían sus zonas de influencia en Asia. De esta manera se adhirió a esta alianza el Imperio ruso<sup>3</sup>.

Este sistema de alianzas en sí mismo no implicaba un paso hacia una guerra. Pero lejos de convertirse en un elemento disuasorio, acentuó la sensación de enfrentamiento y desconfianza y se convirtió en un instrumento cada vez más incontrolable a medida que se desestabilizaba la situación internacional.

### **La rivalidad naval**

Un punto importante en la desconfianza de Reino Unido radicaba en la política naval de Alemania, la única potencia que amenazaba su supremacía mundial.

Desde que en 1897 fuera nombrado secretario de Estado de la armada imperial, el almirante Alfred von Tirpitz, influenciado los postulados del militar e historiador norteamericano Alfred Mahan<sup>4</sup>, insistió en que era decisivo para el futuro de Alemania,

---

<sup>3</sup> A lo largo de la segunda mitad del siglo XIX Bismarck se había preocupado por integrar en sus sistemas al imperio de los zares (Liga de los Tres Emperadores de 1873, Tratado germano-ruso de 1881) sin demasiado éxito hasta la firma del Tratado de Reaseguro en 1887, por el que Alemania y Rusia se comprometían a permanecer neutrales en caso de que alguna de ellas entrara en guerra con una tercera potencia, salvo que Rusia atacara Austria o Alemania atacase Francia. Con la caída de Bismarck y el comienzo de la Weltpolitik, los alemanes decidieron no renovar el Tratado de Reaseguro, que, junto con otros acontecimientos, acabaron por degradar las relaciones entre ambos países. Rusia, temiendo el aislamiento y necesitada de empréstitos, inició conversaciones con Francia, que llevarían a la firma de la alianza franco-rusa en 1893.

<sup>4</sup> Alfred Mahan (1840-1914) había publicado su obra más importante, *la Influencia del poder naval en la historia. 1660-1783*, en 1890. En ella refleja su teoría, que puede resumirse de esta forma: Mahan concibe que el poder de una nación emana del poder económico, con un mercado interior saturado, que necesita abrirse al exterior, de ahí que necesite una marina mercante grande, apoyada por una marina de guerra que sea capaz de defender y expulsar cualquier amenaza a ese comercio. A la vez es de vital importancia tener unas bases de apoyo donde los barcos puedan atracar para abastecerse o para realizar cualquier tipo de reparación.

y para que ésta pudiera ejercer como potencia mundial, crear una poderosa marina de guerra equiparable a la británica. Esta potente escuadra debía estar compuesta por 38 acorazados, 48 cruceros y 96 destructores.

En 1907 aparecerá en escena un nuevo tipo de acorazado, el Dreadnought (“Sin miedo”), marcando un antes y un después en la época. Quien impulsó su construcción fue el primer Lord del almirantazgo desde 1904, el almirante John Arbuthnot Fisher. Fisher, extrayendo las lecciones de las batallas navales de la guerra ruso-japonesa (1905-1906), vio que los combates ya no se realizarían a corta distancia e iba a primar la artillería de grueso calibre y gran alcance, los blindajes y la velocidad. El Dreadnought medía 160 metros de eslora por 25 de manga, tenía un blindaje de 279 y se movía a una velocidad de 21 nudos (34 km/h).

En febrero de 1912 el gobierno inglés trató de llegar a un acuerdo con Alemania para frenar esta carrera naval. El objetivo de la Misión Haldane era la reducción del programa de construcción naval alemán. A cambio, Gran Bretaña permanecería neutral en caso de que Alemania fuera atacada por otra potencia. Las conversaciones finalizaron un mes después sin llegar a ningún acuerdo.

Tras el fracaso de los intentos de llegar a un entendimiento con los alemanes, Reino Unido abandonó su *splendid isolation* y buscó la alianza con Francia.

### **Los enfrentamientos coloniales. Las crisis marroquíes.**

A comienzos del siglo XX, también resurgieron los enfrentamientos imperialistas. El escenario fue el norte de África, concretamente el sultanato de Marruecos, y los países protagonistas Gran Bretaña, Francia, España y Alemania; todos ellos con intereses económicos, estratégicos y políticos en la región.

En 1905 se desató la **primera crisis marroquí**. Alemania se negó a aceptar el acuerdo entre Francia y Reino Unido de repartir el territorio entre España y Francia, por considerar que perjudicaba a sus intereses coloniales en el norte de África. La postura del gobierno alemán de mantener la independencia de Marruecos frente a las pretensiones francesas y el desembarco de Guillermo II en Tánger, tratando de demostrar de paso que Francia, pese a sus acuerdos, seguía aislada, crearon una grave crisis internacional.



La conferencia de Algeciras de 1906 se realizó para evitar una guerra en Europa. Se acordó reconocer la independencia de Marruecos, aunque en realidad ésta fue más teórica que real, y de hecho se establecía un protectorado franco-español.

La **segunda crisis marroquí**. Los conflictos internos que sufría Marruecos dieron lugar a la crisis de Agadir. Tropas francesas intervinieron en ayuda del Sultán, que se encontraba asediado por los rebeldes de Fez, ocupando la ciudad en mayo de 1911. Este acto fue considerado por los alemanes como una violación del Tratado de Algeciras, lo que motivó su decisión de enviar el acorazado *Panther* al puerto de Agadir con la excusa de proteger a los residentes alemanes. Alemania, que trataba una vez más forzar la situación y debilitar a la Entente, puso como condición para aceptar un protectorado francés en Marruecos todo el Congo francés, pero la determinación británica de apoyar a Francia frenó las desorbitadas demandas germanas .

Tras unas negociaciones intensas, el 4 de noviembre de 1911 Alemania y Francia firmaban un acuerdo por el que Alemania recibía diversas compensaciones territoriales en África, en particular en el Congo francés, viendo además Francia sus derechos sobre el Congo belga limitados. A cambio, Alemania reconoció el derecho al establecimiento del protectorado.

### **La crisis de los Balcanes**

Desde mediados del siglo XIX otro de los puntos de fricción de la política internacional había sido la llamada “*cuestión de Oriente*”. Su escenario era la zona de los Balcanes, ocupada por el Imperio turco, llamado por entonces “el hombre enfermo de Europa”. Serbia, Grecia, Rumania, Bulgaria se levantaron contra éste y lograron su independencia. La debilidad turca alentó las ambiciones de sus vecinos, los imperios austro-húngaro y ruso; uno pretendía intervenir contra el nacionalismo eslavo, por su parte el zar ruso quería afianzar su influencia sobre los pueblos eslavos.

Entre 1908 y 1913 se sucedieron tres crisis en los Balcanes:

- En 1908 se desató **la crisis de Bosnia**. Con la caída tras un golpe de Estado de los proaustriacos Obrenovitch y la entronización de los Karageorgevitch en 1903, Serbia intentó convertirse en el centro aglutinador de todos los eslavos de la zona; un cambio dinástico que además propició un acercamiento de ésta a Rusia. Austria, en un golpe de fuerza y con el beneplácito alemán, se anexionó Bosnia-Herzegovina el 5 de octubre de

1908; una provincia formalmente turca que administraba ya desde 1878, consiguiendo además que Serbia renunciara a cualquier tipo de reclamación<sup>5</sup>. Los imperios centrales pretendieron romper la Entente con esta acción. Sin embargo, a pesar de la aparente victoria de los imperios centrales esta crisis no hizo sino reforzar a la Entente, al provocar que Rusia se acercará más a Francia para salvaguardar sus objetivos balcánicos.

- En 1912, apoyados por Rusia, Serbia, Montenegro, Bulgaria y Grecia formaron una Liga Balcánica con el objeto de repartirse la franja de territorios balcánicos que poseía el Imperio turco entre los mares Adriático y Egeo. En pocas semanas la Liga derrotó a Turquía. El resultado del conflicto creó un gran desasosiego entre las grandes potencias, que se reunieron en una conferencia en Londres. Tras una serie de negociaciones, el Tratado de Londres de mayo de 1913, los países balcánicos quedaron insatisfechos con el reparto territorial.

- En junio de 1913 Bulgaria atacó por sorpresa a sus antiguos aliados. A pesar de sus éxitos iniciales, acabó siendo derrotada y en agosto de aquel mismo año se firmó la Paz de Bucarest, que implicó una nueva reorganización territorial: Bulgaria perdió la gran mayoría de sus conquistas anteriores, mientras que Serbia duplicaba su territorio y aumentaba en más de un millón de habitantes su población y se creaba el Estado de Albania, lo que impidió la salida de Serbia al mar.

La **carrera de armamentos** constituyó otro paso decisivo hacia la crisis. Tras las guerras balcánicas (1912-1913), las sensación de una guerra que se veía próxima se instaló en Europa, por lo que los Gobiernos europeos comenzaron a tomar diferentes medidas: Alemania votó una ley el 3 de julio de 1913 por la que el ejército debía contar 820 000 hombres en octubre de 1914; Austria-Hungría votó una ley en 1912 por la que aumentaba el servicio militar en tres años para la caballería y en dos para la infantería y la artillería, así como un aumento del ejército de 103.000 a 160.000 efectivos; en el otro bando, Francia votaba un incremento de los efectivos a 750,000 hombres y la incorporación a filas a partir de los veinte años y Rusia iniciaba un proceso de reorganización de su ejército.

---

<sup>5</sup> Rusia no pudo acudir en ayuda de Serbia debido a las presiones alemanas, lo precario de su situación financiera y militar y el escaso apoyo, limitado a lo diplomático, de sus aliados franceses e ingleses.

## 2.2. Estallido del Conflicto. La crisis de Julio de 1914

Es en este contexto cuando el domingo 28 de junio de 1914 el archiduque Francisco Fernando, heredero al trono Austro-Húngaro, después de haber asistido a unas maniobras militares en Bosnia, tenía programada una visita a la vecina ciudad de Sarajevo, a la que acudió junto con su esposa, Sofía Chotek. Allí ambos serían asesinados a manos del joven nacionalista serbio Gavrilo Princip, miembro del grupo Joven Bosnia, vinculado a la sociedad secreta ultranacionalista de la Mano Negra.

En aquel día de verano muchos de los europeos que habían comenzado sus vacaciones abarrotaban playas y parques. La noticia del asesinato sorprendió al káiser Guillermo II compitiendo con su yate *Meteor* en la regata veraniega anual del Báltico; a Moltke, su jefe de Estado Mayor, descansando en un balneario. El presidente de Francia, Raymond Poincaré, recibió el telegrama de la agencia francesa de noticias Havas mientras asistía a las carreras en el hipódromo de Longchamp. Francisco José se encontraba en su residencia campestre favorita en el balneario de Ischl. La noticia se extendió por Europa con una mezcla de indiferencia y preocupación. En las cinco semanas siguientes, Europa pasó de la paz a una guerra a gran escala, que implicó a todas las grandes potencias, excepto al principio Italia y el Imperio Otomano.

El atentado fue el pretexto deseado por Austria para aplastar de una vez por todas con el nacionalismo serbio. El 23 de julio el gobierno austrohúngaro envió un ultimátum a Serbia, con el consentimiento alemán, exigiendo a Serbia una investigación a fondo sobre los autores del atentado. A pesar de sus duras exigencias, Serbia las aceptó todas, salvo una. Aun así, Austria consideró insatisfactoria la respuesta de Serbia.

El intento de Reino Unido de mediar fue rechazado<sup>6</sup>. El 28 de julio Austria declaraba la guerra a Serbia. Rusia, que había advertido a Austria que si atacaba a Serbia respondería a la agresión, decretó la movilización general el 31 de julio. Alemania y Francia la decretarían al día siguiente a la vez que decidían apoyar a sus respectivos aliados. Alemania, pretextando un ataque aéreo sobre Núremberg, declaró la guerra a Francia el 3 de agosto. El 4 de agosto Reino Unido declaró la guerra a Alemania cuando ésta, incumpliendo el tratado que aseguraba la neutralidad de Bélgica, penetró en el país siguiendo su plan de ataque, el Plan Schlieffen.

---

<sup>6</sup> Gran Bretaña había propuesto a Alemania aceptar la ocupación austríaca de Belgrado si se celebraba un congreso europeo para atender la cuestión, pero Alemania se negó.

### **3. La posición de España ante la Gran Guerra (1914-1918)**

#### ***3.1. La cuestión española durante la Gran Guerra: una crisis total La España de 1898 hasta el estallido de la Primera Guerra Mundial***

##### **➤ *Del gobierno de Cánovas al gobierno de Maura***

Como se bien anteriormente, el sistema de Cánovas sobrevivió al desastre de 1898 y llegó al cambio de siglo. Un claro ejemplo de lo dicho es que la Monarquía no se desacreditó. Alfonso XIII ocupó el trono el 17 de mayo de 1902 y con él, la Monarquía pareció renovarse pese a que la formación de un nuevo republicanismo estaba latente en esos momentos con la formación del Partido Radical de Alejandro Lerroux en 1908 o el Partido Reformista de Melquíades Álvarez, en 1912 (Fusi, 1997, 179).

El verdadero problema de la España de comienzos del siglo XX es que el sistema político era incapaz de adaptarse hacia un verdadero sistema constitucional y parlamentario, como aspiraba una sociedad que en esos momentos se encontraba en movimiento, pues, como se verá a continuación, todo cambiaba menos el sistema político (Fusi, 1997: 169).

Efectivamente, la cuestión a partir del siglo XX era comprobar si el régimen de 1876 podía evolucionar a derroteros verdaderamente democráticos y, dados los resultados, parece evidente que la oligarquía gobernante ni quiso ni pudo abrir su régimen hacia la democratización. En ese sentido, cabe destacar que la llegada de Alfonso XIII supuso una ruptura con la España de la Restauración. El cambio de siglo se impregnó de regeneracionismo y en 1899 se creó el Ministerio de Instrucción Pública, con la finalidad de mejorar la labor educativa en el país. Aunque este proyecto fue fallido, del Ministerio de Instrucción Pública nació en 1907 la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, dirigida por Santiago Ramón y Cajal, además de la Residencia de Estudiantes, creada en 1910, así como un número considerable de museos, laboratorios o institutos (Fusi, 1997: 179).

Igualmente, el siglo XX se inició junto a la aprobación de las primeras leyes sociales, por lo que el Estado introdujo importantes innovaciones en cuestiones de materia social, y, además, en materia de política exterior, el Estado se aproximó a Gran Bretaña y

Francia, lo que significó que España asumiera, junto con Francia, responsabilidades tutelares en Marruecos desde 1906 (Fusi, 1997: 197).

A principios de siglo, accedió a primera línea de la política una generación de políticos que, tanto liberales como conservadores, se habían impregnado del clima moral regeneracionista de la época, y se erigieron como los médicos que iban a sanear los males españoles. Este grupo de políticos, con Francisco Silvela a la cabeza, pretendían erradicar los vicios, regenerar el sistema, reformar las costumbres y las prácticas políticas para resucitar a España que el desastre de 1898 se había quedado muerta, sin pulso (Fusi, 1997: 198).

Francisco Silvela sucedió a Sagasta en la presidencia del gobierno en marzo de 1899, iniciando un programa de regeneración centrado en el impulso del Estado a la reforma social, mediante la legislación laboral y una serie de reformas encaminadas a mejorar la situación de la clase obrera: legislación del trabajo de las mujeres y niños, seguros de accidentes, etc. Posteriormente, se creó el Instituto de Reformas Sociales y, desde el ministerio de Hacienda, se impuso un plan de austeridad para salvar al Estado de la bancarrota. Igualmente, las reformas prometidas incluían planes de descentralización de la administración y conciertos económicos, con el fin de apaciguar los ánimos entre los movimientos regionalistas y nacionalistas que se estaban gestando. No obstante, estas últimas medidas se pospusieron, y el gobierno respondió con una huelga fiscal de comerciantes con fuertes medidas represivas (Fusi, 1997:198).

Lo cierto es que los problemas se hicieron más que visibles a lo largo de la primera década del siglo XX: desde 1902 a 1907, tuvieron lugar en España once cambios de gobierno y ocho presidentes. Los gobiernos se sucedían a un ritmo frenético, pero, con los cambios de gobierno, no existía ningún movimiento de renovación, tal y como los nuevos líderes, teóricos del movimiento regeneracionista español, habían proclamado.

➤ *De la Semana Trágica de Barcelona durante el gobierno de Maura al inicio de la Gran Guerra*

En 1907, Maura accedió a la presidencia del gobierno. Desde unas cortes fabricadas a medida para que Maura obtuviera una mayoría aplastante de diputados, Maura inició un plan de iniciativas legislativas con las que pretendía llevar a cabo una revolución desde arriba. Así pues, legisló todo tipo de cuestiones acerca de la abolición de salarios en

especie, duración de la jornada en trabajos de cierto riesgo, descanso dominical, protección de la infancia, etc. (Valdeón, Pérez y Juliá, 2006:438).

Durante sus tres años de gobierno, Maura intentó acometer una reforma de la administración que terminara con la abolición final del caciquismo, uno de los peores males de España, sino el peor. Cabe destacar que, como ya se dijo anteriormente, Maura había echado mano del caciquismo en 1907 para poder gobernar. El Proyecto de ley de la Administración Local modificaba el funcionamiento y la financiación de los ayuntamientos, así como la elección de los alcaldes e incluso de los concejales (Valdeón, Pérez y Juliá, 2006: 438).

Por otro lado, en 1908, Maura elaboró un proyecto de ley de Represión del Terrorismo, que se saldó con el rechazo de un amplio movimiento que veía en este proyecto peligrar las libertades. La oposición liberal y los republicanos se unieron en un “bloque de izquierdas” para exigir la retirada de este proyecto. Igualmente, la ley de la Reforma de la Administración Local y la ley de la Reforma Electoral generaron una gran oposición.

Fue durante el gobierno de Maura cuando se produjo la Semana Trágica de Barcelona, en 1909. En aquella época, Barcelona se había convertido en un potente foco industrial, con el respectivo auge de las movilizaciones obreras como consecuencia de la industrialización. De este modo, en 1907, se creó la organización anarquista Solidaridad Obrera.

Fue, sin embargo, la guerra de Marruecos la que propició el estallido de la Semana Trágica de Barcelona. Una serie de obreros trabajadores fueron atacados por los habitantes del Rif cuando se encontraban trabajando en la zona para una compañía minera. Esto llevó a la movilización de reservistas por parte del gobierno español, hecho que se saldó con una serie de protestas por parte de obreros españoles. Así pues, el 18 de julio de 1909, numerosos obreros se manifestaron en el puerto de Barcelona mientras las tropas españolas embarcaban hacia Marruecos.

El conflicto con Marruecos se saldó con el Desastre del Barranco del Lobo, donde murieron más de 1200 reservistas españoles. Fue entonces cuando estalló una huelga general en Barcelona, convocada por el sindicato UGT y por Solidaridad obrera, el 26 de julio de 1909. Esta huelga general no tardó en encaminarse hacia una revuelta popular, convirtiendo las calles de Barcelona en un verdadero polvorín, de modo que,

por doquier comenzaron a levantarse barricadas, los insurrectos se enfrentaban contra el ejército, quemaban conventos e iglesias, los disturbios se sucedían a un ritmo frenético, etc. Tales fueron las repercusiones de los disturbios, que las autoridades declararon el Estado de guerra y reprimieron las manifestaciones de forma dura y contundente, de tal manera que, el día 2 de agosto de 1909, cesó todo tipo de actividad insurrecta. La Semana Trágica de Barcelona se saldó con un centenar de muertos, más otros tantos heridos, así como una serie de destrucciones por toda la ciudad.

Maura no pudo terminar su proyecto, pues dimitió el 29 de octubre de 1909, ante la pérdida de confianza por parte del monarca Alfonso XIII debido al revuelo internacional que había producido la ejecución de Francisco Ferrer y Guardia, un pedagogo anarquista al que el tribunal condenó sin pruebas concluyentes como responsable de los sucesos de la Semana Trágica.

La Semana Trágica, por lo tanto, terminó con el programa reformista que Maura había intentado imponer desde su llegada a la presidencia. Cabe destacar que por estas fechas, en 1910, Pablo Iglesias fue elegido diputado por el PSOE.

A Maura le sucedió José Canalejas hasta su asesinato en Madrid, en 1912, por un anarquista. Canalejas gobernó con una voluntad reformadora y logró importantes reformas como conseguir reducir el impuesto de consumo, la reestructuración de la financiación de los ayuntamientos, o la regulación de las condiciones de trabajo en cuestiones relacionadas con la prohibición del trabajo nocturno de la mujer, jornada máxima en las minas, etc.

La muerte de Canalejas constituyó el último periodo del sistema del turno tal y como estaba concebido hasta entonces. Maura se negó a seguir en el “turno” con los liberales, puesto que éstos habían apoyado a los republicanos en 1909. Así pues, fue el conservador Eduardo Dato el que aceptó la oferta del rey de formar gobierno en el momento en que estalló la Primera Guerra Mundial, con la consiguiente movilización de la opinión pública ante el conflicto. España, como se analizó anteriormente, se mantuvo neutral ante el conflicto, y esta neutralidad, como a continuación se verá, produjo un importante boom económico, con especial incidencia en las industrias metalúrgicas y textiles catalanas la economía vasca y la minería asturiana, pero que, a su vez, sumieron a la economía española en un círculo inflacionista sin precedentes, pues,

entre 1914 y 1919, los precios de los productos de primera necesidad, se duplicaron e incluso se triplicaron, con la consecutiva oleada de protestas que la inflación generó.

### 3.2 Una neutralidad forzada

España no había participado sino de manera marginal en la política de bloques que condujo a la Primera Guerra Mundial, sumida en una permanente crisis interna y en un aislamiento derivado de la pérdida de los restos del imperio ultramarino tras la guerra hispano-norteamericana de 1898. Su participación se limitó a la firma de los Acuerdos de Cartagena de 1907, comprometiéndose entonces con la Entente por la apremiante necesidad de conservar los territorios insulares y costeros más desprotegidos a la acción de otra potencia en un contexto internacional cada vez más delicado, en unos años en los que además la mayor parte de los esfuerzos militares españoles se concentraban en la guerra de Marruecos.

España, bajo el gobierno del conservador Eduardo Dato, rápidamente expresó su estricta neutralidad en la Gaceta del 30 de julio de 1914, reiterándola una semana más tarde, el 7 de agosto. Otras veintisiete declaraciones de neutralidad siguieron a la de agosto a lo largo de la guerra, tantas como naciones se fueron sumando al conflicto. España no fue el único país que se declaró neutral. Otros cinco países europeos también la adoptaron (Suiza, Dinamarca, Suecia, Noruega y Holanda) frente a los 35 beligerantes del mundo. Aunque tal y como apunta James Matthews, España “*fue la excepción entre los neutrales al no someter esa decisión al debate y al escrutinio parlamentario, incluso en una sesión de emergencia*”<sup>7</sup>. No sería hasta tres meses después del estallido del conflicto cuando el Parlamento reanudó sus actividades y los diferentes partidos pudieron reaccionar formalmente ante la postura tomada por el Gobierno<sup>8</sup>, apoyándola la gran mayoría, conscientes de que el país no estaba preparado para emprender una campaña bélica de ningún tipo.

Sin embargo, hubo importantes figuras que discreparon de esta declaración de neutralidad como Alejandro Lerroux, líder del Partido Radical, Melquíades Álvarez,

---

<sup>7</sup> En Holanda el Parlamento, en una reunión de emergencia el 3 de agosto de 1914, votó unánimemente a favor de una estricta neutralidad, como hicieron también los Parlamentos de los países Escandinavos, de Grecia, Portugal y Holanda. El reto para estos países neutrales en la Primera Guerra Mundial fue declararse como tales y que los países beligerantes respetaran esta postura; bien es conocido como la neutralidad de Luxemburgo y Bélgica fueron violadas por Alemania por cuestiones prácticas estratégicas, lo que suponía una ruptura del Tratado de Londres de 1839, que ésta (como Prusia) había firmado y que se convirtió en el casus belli de la entrada de Gran Bretaña en el conflicto (Gerwarth, 2015: 414-416).



líder del partido Reformista y el Conde de Romanones, líder a su vez del Partido Liberal. El cuestionamiento de éste último fue el que más relevancia e impacto tuvo, con la publicación a mediados de agosto de 1914 en el *Diario Universal*, periódico de su propiedad, del artículo “Neutralidades que matan” donde afirmaba que:

*“La hora es decisiva, hay que tener el valor de las responsabilidades ante los pueblos y ante la Historia; la neutralidad es un convencionalismo que solo puede convencer a aquellos que se contentan con palabras y no con realidades; es necesario que tengamos el valor de hacer saber a Inglaterra y a Francia que con ellas estamos [...] La suerte está echada...la neutralidad no es un remedio. Por el contrario, hay neutralidades que matan”.*

Para Romanones, el destino de España estaba ligado al de Francia e Inglaterra, con quienes debía colaborar estrechamente. Pero poco tiempo después, en septiembre, en otro largo artículo publicado en *El Imparcial*, acabará reconociendo que esta política era impracticable y acabó apoyando la posición oficial.

Es cierto que, tal y como testimonian algunos archivos diplomáticos británicos<sup>9</sup>, en los primeros momentos del estallido del conflicto, los Aliados tuvieron cierto interés en poner a España de su lado; el Ministerio de Asuntos Exteriores británico llegó a considerar entregar Tánger a España como pago de su alianza, erradicando a su vez de esta manera la posibilidad de que se constituyera un centro de inteligencia alemán en esta ciudad. Sin embargo la entrada de Italia en la guerra en 1915 enfrió las iniciativas de los aliados con respecto a España.

El gabinete de Dato se esforzó por no romper esta neutralidad, pues la falta de intereses directos en la disputa, la debilidad económica y la desorganización del ejército fueron razones más que suficientes para no cuestionar la neutralidad.

¿Cuáles fueron las causas de una neutralidad que más que reflejar una neutralidad *decidida* fue una neutralidad *impotente*?

---

<sup>9</sup> En su obra aparece un informe secreto del Estado Mayor del Ministerio de Marina británico, hecho público en agosto de 1914, en el que se destacaba las ventajas de una alianza con España, aludiendo por ejemplo a su “*posición estratégica en el Mediterráneo*” que habría de limitar en gran medida las operaciones ofensivas de la Entente, la movilización de un Ejército de 50 000 hombres, la adhesión de los buques de guerra españoles a las fuerzas navales que tenía disponibles la Entente o la utilización ciertos puertos españoles (Romero Salvadó, 2002: 23-24).

- 1) **La crisis del sistema político de la Restauración.** estaba sumido en una profunda crisis desde el desastre de 1898, cuando España tuvo que dar el adiós definitivo a las últimas colonias que todavía conservaba en las Américas y en Filipinas. Los diferentes gobiernos que se dieron mientras duró la Gran Guerra fueron conscientes de las consecuencias sociales y políticas que pudiera haber tenido la participación del país en el conflicto, ya fuera en un bando o en el otro, pues la división social ya era una realidad antes del conflicto.
- 2) Los intereses españoles no se encontraban en el centro de Europa, los Balcanes o la Europa del Este y el permanente conflicto interior era mucho más determinante que los problemas internacionales.
- 3) Un factor determinante fue también **la situación del Ejército español.** No existían fuerzas militares de ninguna clase mínimamente a la altura de las circunstancias de agosto de 1914, hecho que no era ningún secreto fuera de España. El ejército de Tierra, con unos efectivos de 224.565<sup>10</sup>, estaba anticuado, mal armado y la mayor parte de ellos (entre el 60 y el 70 por ciento) estaba destacado en el norte de África. La Armada aún no se había recuperado de la pérdida de las Escuadras de Cuba y Filipinas en 1898 y a pesar de los proyectos de modernización de la Marina emprendidos a partir de la Ley Maura-Ferrándiz de 1908, que preveía la construcción de tres acorazados, tres destructores, cuatro cañoneros y veinticuatro torpederos, se estaba muy lejos de ver cumplidos los proyectos iniciales. La aeronáutica había comenzado en 1913, pero contaba con pocas unidades y muy retrasadas tecnológicamente. Incluso el propio Alfonso XIII reconoció a un agregado militar italiano en 1912 que los altos mandos de las Fuerzas Armadas de España no estaban preparados para la guerra moderna. A todo ello se sumaba el coste humano y económico provocado por la guerra de Marruecos.

La neutralidad se trató pues, más que de una elección, consecuencia de una imposición. La neutralidad contó, de esta manera, con un respaldo casi unánime por parte de la opinión pública así como de los partidos políticos representados en las Cortes, sin embargo, ¿España podía ser estrictamente neutral? Veamos la postura que se tenía de la

---

<sup>10</sup> Tal era la situación de desorganización que no se sabe siquiera con exactitud el número total de hombres que conformaban las Fuerzas Armadas. Fernando García Sanz arroja otras cifras para los efectivos disponibles en 1914, él calcula una cantidad que se mueve entre los 158,00 y 160,000 hombres (García Sanz, 2014: 31).

neutralidad española en los dos bloques beligerantes y de las relaciones que se establecieron con ambos:

El **bloque de la Entente**. Al comienzo de la guerra hubo quienes se interesaron por que España entrara en el bando aliado, si bien, era conocido que la situación en la que se encontraba el país en 1914 no era la más adecuada para involucrarse en un conflicto de las dimensiones como la Gran Guerra.

Sin embargo, en otoño de 1915 era evidente que la guerra sería un conflicto largo del cual además no podía adivinarse una fecha de conclusión. La realidad de los combates superaba cualquier previsión: el frente occidental, que se extendía desde los Alpes hasta el Mar del Norte, se había estancado y la guerra de movimientos había dado paso a la guerra de trincheras. A esto se sumaba la derrota aliada en Gallípoli. En ese mismo año Bulgaria pasaba a combatir al lado de los imperios centrales y Turquía y la derrota del ejército serbio. A ello se añadió el giro en la estrategia naval alemana, apoyada en el éxito de la guerra submarina. Pretendían trasladar sus nuevas armas desde los escenarios del mar del Norte, el canal de la Mancha y las costas del Reino Unido al Mediterráneo por lo que las costas españolas se convertían en paso obligado de los submarinos alemanes. De esta manera España se convertía en objeto de atención de los beligerantes aliados, como un imprescindible centro de abastecimiento y aprovisionamiento y por su posición geoestratégica, haciendo frontera con la retaguardia francesa y su ubicación entre el Mediterráneo y el Atlántico Oriental. España ofreció, en una *neutralidad aliada*, a Francia y Gran Bretaña productos alimenticios y suministros militares; también españoles fueron a trabajar a fábricas francesas, de tal manera que así se liberaban hombres para el servicio militar en el Frente.

Por parte de **los Imperios centrales**, Alemania sabía que España no podía arriesgarse a posicionarse a favor de la Triple Alianza, por lo que sus esfuerzos diplomáticos se centraron en precisamente lograr que España mantuviera su neutralidad y en contrarrestar la influencia de la Entente.

Hubo momentos en los que pareció que esta neutralidad de España iba a decantarse hacia uno u otro de los contendientes: la dimisión de Dato (1915), el hundimiento del barco mercante español *Vigo* y la visita del submarino alemán *U35* a Cartagena, ambos en 1916.

El nuevo Gobierno liberal formado por Romanones impuso una neutralidad más benevolente para la Entente. Ya en el verano de 1914, uno de los periódicos controlados por el Conde se había manifestado totalmente a favor de la política exterior en beneficio de los aliados, por lo que, cuando Romanones alcanzó la dirección del gobierno, matizó la neutralidad del gobierno en beneficio de Reino Unido y Francia (Sáenz-Francés y Sáenz Rotko, 2015: 131).

En abril de 1917, ante el hundimiento sin previo aviso del buque mercantil español San Fulgencio, torpedeado por un submarino, Romanones propuso a París y a Londres aliarse con la Entente a cambio de Gibraltar, Tánger y tener vía libre en Portugal. Los aliados se negaron ante el excesivo precio exigido por España. Además, en esos momentos, Estados Unidos acababa de entrar en la Entente. El conde Romanones dimitió. Los sucesores de Romanones intentaron reconducir la neutralidad española, no obstante, la cuestión submarina empeoraba por momentos las relaciones entre España y Alemania, pues ésta última, había intensificado la guerra submarina. Confirmado el armisticio, el día 11 de noviembre de 1918, Berlín había entregado a España seis vapores en concepto de indemnización por los buques hundidos como consecuencia de la intensificación de la guerra submarina llevada a cabo (Ponce, 2008:13).

En conclusión, España había conseguido mantener su neutralidad a lo largo del conflicto mundial, como consecuencia de la impotencia del país durante estos cuatro años de desafíos, incluso cuando el devenir de los acontecimientos pareció ofrecer alguna posibilidad de intervención al país. Ninguno de los dos bandos esperaba mucho de la participación española en el conflicto, y fue, precisamente, esta falta de confianza en España, que se desangraba por momentos, la que posibilitó su neutralidad, una neutralidad, como se dijo al iniciar este apartado, forzada.

#### ***4. La primera Guerra Mundial en España: repercusiones***

El análisis de los efectos de la Primera Guerra Mundial en España puede agruparse en dos tipos de repercusiones: repercusiones económicas, y repercusiones político-sociales. A continuación se analizarán los dos tipos de repercusiones.

##### ***4.1. Las repercusiones económicas de la Primera Guerra Mundial en España***

- ***¿El boom económico, una realidad o un espejismo?***

Tal y como se ha visto hasta ahora, cuando estalla la Primera Guerra Mundial, España continuaba sumida en la larga agonía que se había convertido la pérdida de los últimos rescoldos de su glorioso Imperio. La Restauración monárquica, y el sistema constitucional de 1876, con el turnismo en el poder que ejercían los liberales y conservadores, se habían manifestado incapaces de resolver los males que acuciaban al país (Rigol y Sebastián, 1994: 1).

España, en los años de la Gran Guerra se mostró como un país con una estructura política envejecida, anclada en el pasado, no así la sociedad española, la cual, se benefició de la potente inyección de capital financiero industrial, que permitió el progresivo avance de ésta, mientras el poder quedaba cada vez más estancado.

En ese sentido, el impacto de la Primera Guerra Mundial fue una de las principales causas para que la sociedad española se pusiera en movimiento, lo que es, cuanto menos curioso, pues España, un país donde las miserias de su gobierno imposibilitaron cualquier tentativa a participar en el conflicto bélico, se veía ahora condicionada por este conflicto, el cual iba a ayudar a su puesta en marcha (Rigol y Sebastián, 1994: 1).

Efectivamente, España no había entrado en el juego de alianzas que comprometieron a los países europeos en la Gran Guerra, viéndose abocada a una neutralidad que, en los años de la contienda, le produjo enormes beneficios. De esta forma, allí donde los beneficios económicos permitieron un enriquecimiento de los antiguos propietarios de fábricas, así como la creación de fábricas nuevas, aumentó el volumen de empleados a un nivel espectacular. De este modo, las clases dominantes aprovecharon la coyuntura y

multiplicaron sus ganancias como no lo habían hecho en muchos años (Rigol y Sebastián, 1994: 1).

A pesar de la neutralidad española ante el conflicto, durante los años de la contienda se generaron paradojas tales como que, en los mismos puertos donde se exportaban mercancías de todo tipo a los dos bandos enfrentados, se procedía, a la vez, a recibir soldados heridos o prisioneros de guerra, como consecuencia de la labor humanitaria que el monarca Alfonso XIII estaba llevando a cabo en esos tiempos, con la creación en Madrid de una oficina destinada a la gestión de los prisioneros de guerra (Ramos y Caldevilla, 2013: 224).

En aquellas partes de España donde se dejaron sentir los beneficios económicos de la Primera Guerra Mundial, el capital fluía por doquier. La burguesía industrial se dejó encandilar por los cuantiosos beneficios económicos que les dejaba el conflicto, que llenaba a espuestas sus faltriqueras. Los centros urbanos más importantes del país vieron cómo aparecían barras y locales al estilo americano, espectáculos de cabaret, al estilo de los que en la época se hacían en París, todo ello acompañado de nuevas bebidas que penetraron en el país, como la ginebra o el whisky (Rigol y Sebastián, 1994: 2).

De modo que, España penetró con sus exportaciones en el mercado europeo, y lo hizo por la puerta grande, pero, dentro de las fronteras del país, se vivían momentos convulsos que desencadenaron en la crisis de 1917, una crisis política, militar y social, cuyo alcance, desarrollo y consecuencias se analizarán más adelante. El nivel de vida de la clase obrera empeoró en España, como consecuencia del increíble aumento de los precios de los productos más básicos, de modo que, el poder de convocatoria de las organizaciones sindicales obreras principales en el país, la UGT y la CNT, aumentó notablemente, alentado también esto como consecuencia de los aires revolucionarios que llegaban desde Rusia, donde, en febrero de 1917, se derrocó al zar (Rigol y Sebastián, 1994: 3).

De esta forma, España volvió a la cruel realidad que arrastraba desde hacía años: miseria, paro y ausencia de libertad política, por lo que, los años de bonanza económica que dejaron tras de sí las exportaciones durante los años de la contienda, se vinieron abajo como un castillo de naipes como consecuencia del mal reparto de los beneficios del boom económico y la inflación.

- *La economía española durante la contienda.*

En los primeros momentos de la guerra el rumbo de la economía española se vio gravemente afectado. El caos se adueñó de los círculos comerciales e industriales catalanes y vascos, algunas empresas que dependían de capital extranjero quebraron y la Bolsa catalana cerró sus puertas. Se autorizó el aumento de dinero en circulación y se prohibió la exportación de productos de primera necesidad para evitar la subida de los precios. Dato y José Sánchez Guerra, su ministro de Gobernación, intentaron solucionar estos problemas a través de una serie de medidas de excepción, como la aprobación de un crédito para impulsar obras públicas con el objetivo de contener posibles conflictos sociales por la crisis de trabajo derivada de la situación. Hubo también dificultades para obtener materias primas en el extranjero, así como conseguir crédito internacional.

No obstante, gracias a la neutralidad española, el país experimentó un gran despegue industrial y la producción agrícola llegó a crecer un 27% en el periodo de tiempo comprendido entre 1913 y 1917. Igualmente, la banca conoció una fase de expansión ininterrumpida entre 1916 y 1920, duplicándose el número de entidades. El Banco de España incrementó sus reservas de oro desde 674 millones de pesetas en 1913 hasta 2500 millones en 1917. España conoció una “edad de plata” para el sector empresarial durante los años que duró la Primera Guerra Mundial (Fuentes y García, 2015: 114).

En efecto, durante la Gran Guerra, la economía española experimentó un fortísimo incremento de la producción de productos metalúrgicos, agrarios, textiles así como todo tipo de productos que demandaban los países beligerantes, dando lugar a un superávit en las arcas de la economía española entre 1915 y 1919, lo que posibilitó el rescate de una importante parte de la deuda exterior española (Páez-Camino, 2015: 16).

Igualmente, se consolidó el proceso de industrialización que se había empezado a gestar en el país a finales del siglo XIX, de tal manera que, los diez años que transcurrieron de 1910 a 1920, la población activa empleada en la industria creció del 16 al 22%. Este crecimiento fue espectacular en la explotación de hierro del País Vasco, la explotación de carbón en Asturias, con un incremento astronómico de los mineros asturianos durante los años de la Primera Guerra Mundial, cuando pasaron de ser 17.000 mineros a más de 40.000, y en la industria catalana. Las compañías metalúrgicas, químicas, textiles, navieras, etc. vieron cómo sus productos se paseaban a lo largo del continente europeo, y, además, la banca orientó sus operaciones hacia el País Vasco y Cataluña,

donde comenzó a financiar la industria en esos momentos. España contemplaba el nacimiento de un nuevo tipo de burguesía urbana, ocupada en los negocios industriales y financieros (Páez-Camino, 2015: 16).

En 1900, tan solo unos años antes de lo dicho anteriormente, el 71% de toda la población activa española se dedicaba al sector de la agricultura y la ganadería. En 1920, el número de ocupados en el sector primario había bajado un total de 24 puntos. Las ciudades aceleraban su marcha. Esta urbanización no hubiera sido posible sin el auge de la industrialización, y a su vez, las ciudades donde se instalaron las empresas, experimentaron un notable crecimiento durante la Primera Guerra Mundial. En ese sentido, las industrias alimentarias representaban, a comienzos del siglo XX, todavía el 40% de la producción industrial española. No obstante con las demandas por parte de las potencias extranjeras, que durante esos momentos estaban sumidos en la conflagración mundial, la producción industrial se ligó a sectores vinculados con el transporte y la industria: química, electricidad, construcción naval, etc. (Valdeón, Pérez y Juliá, 2006: 472).

No obstante, cabe destacar que, al igual que con otra clase de productos textiles e industriales, la España de Alfonso XIII también fue la principal suministradora de alimentos a las potencias beligerantes. Entre 1914 y 1920, las fábricas conserveras de pescado de Cantabria, Galicia y Andalucía incrementaron su demanda en un promedio del 40% a lo largo de estos años, y ya de paso, las fábricas conserveras incrementaron el precio de los productos con los que comerciaban en el exterior (Ramos y Caldevilla, 2013: 224).

El aire que tomaron las ciudades beneficiadas por la inyección de capital procedente de las exportaciones a las potencias beligerantes en la Gran Guerra, tomó un cariz totalmente distinto al existente a principios de siglo: retrocedió notablemente el analfabetismo y, sobre esa base, se configuró una época de esplendor cultural y artístico: aparecieron periódicos, revistas, imprentas de libros, etc. Igualmente, comenzaron a formarse una gran cantidad de personas en profesiones liberales como arquitectos, economistas, médicos, periodistas, abogados, etc. (Valdeón, Pérez y Juliá, 2006: 472).

El proceso de industrialización experimentado en los años de la Primera Guerra Mundial, fue vivido con especial intensidad en el País Vasco y en Cataluña. En el caso



del País Vasco, merece un especial interés la ciudad de Bilbao, pues, en aquellos años, poseía el mayor negocio de navieras del país, por lo que, cuando estalló el conflicto y se suspendieron las sesiones de las grandes bolsas europeas, en las compañías del sector naviero cundió el temor y la incertidumbre (Valdeón, Pérez y Juliá, 2006: 472).

Igualmente, en las bolsas españolas también había cundido el pánico, con el estallido de la Gran Guerra, y entre ellas, la bolsa de Bilbao. Cabe destacar que, ante la beligerancia marítima que Alemania y Gran Bretaña mostraron, el tráfico marítimo se había convertido en toda una proeza, por lo que, en las navieras de Bilbao, se generalizó una situación de desazón ante el devenir del conflicto bélico. Los industriales esperaban un conflicto de corta duración, que pronto les dejase volver a la normalidad de sus negocios, no obstante, la ofensiva se estancó, y la guerra se perfilaba como un conflicto cuyo desarrollo iba a ser lento, e iba a traer dolorosas consecuencias (Valdeón, Pérez y Juliá, 2006: 472).

Sin embargo, el temor y la incertidumbre inicial, dejaron paso a una increíble gran oportunidad para el mundo de los negocios, que harían brillar con especial intensidad a Bilbao y a Barcelona. Comenzaba, de esta manera, la edad dorada de los negocios, negocios que se desarrollaron al calor de la neutralidad de España. El espectacular boom naviero y comercial prosiguió a pesar del torpedeo de un gran número de barcos por parte de los submarinos alemanes (Valdeón, Pérez y Juliá, 2006: 472).

Cataluña constituía la otra gran región industrializada de España, donde, al igual que en el País Vasco, el miedo inicial ante el estallido del conflicto, se disipó cuando éste empezó a dejar beneficios económicos espectaculares hasta la fecha. De tal manera que, mientras los combatientes de las potencias beligerantes luchaban aguerridamente en el frente, y muchos de ellos morían, las zonas industrializadas de España estaban absortas en su optimismo económico, el cual, iba a ser corto, como más adelante se verá, pero no por ello dejó de ser intenso (Sáenz-Francés y Sáenz Rotko, 2015: 13).

En 1915 cayó el gobierno formado por Eduardo Dato. El conde de Romanones fue la persona encargada de formar gobierno. Santiago Alba ocupó en 1916 el ministerio de Hacienda, con la pretensión de sanear las arcas del Estado, tarea para la que aportó un estudio de Ley de Beneficios Extraordinarios, en junio de 1916.

En efecto, el gobierno era consciente de que la Primera Guerra Mundial había trastocado la economía del país, y además, había provocado enormes cambios en el movimiento industrial y mercantil, generando un notable aumento de los rendimientos de los capitales de algunos sectores del comercio y de la industria.

De esta manera, mientras una parte importante de la población europea padecía las trágicas consecuencias de la contienda, un reducido número de empresarios burgueses se aprovechaban de la anormalidad de las circunstancias para enriquecerse. Esto constituía una dualidad que Santiago Alba pretendía subsanar mediante el establecimiento de una auténtica justicia distributiva mediante la cual, se exigiera a los enriquecidos empresarios a que contribuyeran a mejorar la situación de aquellos que no habían tenido esa suerte (Sáenz-Francés y Sáenz Rotko, 2015: 13).

El proyecto del ministro Santiago Alba no pudo suscitar más rechazo entre los beneficiados por el conflicto. Los grandes empresarios industriales catalanes y vascos se erigieron en los portavoces de un entramado financiero vasco-catalán, movilizado contra esta Ley, que tachaban de desproporcionada e incluso represiva (Sáenz-Francés y Sáenz Rotko, 2015: 13).

El resultado de esta movilización no pudo ser otro: el proyecto del ministro Santiago Alba abrió una coyuntura entre los partidos catalanes y vascos, de tal manera que, en las dos regiones industrializadas volvió la cuestión del nacionalismo. En ese sentido, no cabe duda de que los beneficios económicos que estas dos regiones obtuvieron tras la Primera Guerra Mundial, contribuyeron a impulsar el nacionalismo autonomista (Sáenz-Francés y Sáenz Rotko, 2015: 13).

Los gobiernos autonomistas vascos y catalanes reclamaron el establecimiento de un autogobierno que protegiese los intereses de su economía así como de su identidad particular. Los partidos dinásticos temían el desequilibrio de poder que esta acción podía conllevar, por lo que respondieron de forma hostil (Sáenz-Francés y Sáenz Rotko, 2015: 13).

Acabada la Gran Guerra, las peticiones catalanas y vascas mutarían a un radicalismo político que protagonizará tensos debates en las décadas siguientes.

#### 4.2. *Repercusiones político-sociales de la Primera Guerra Mundial en España*

El desarrollo de la situación político en los años que duró la Primera Guerra Mundial está estrechamente relacionado con los factores económicos que condicionaron el país como consecuencia del conflicto.

La Primera Guerra Mundial sentó las bases para el sistema de la Restauración fuera desarticulado de forma definitiva. A partir del segundo año del conflicto, y, sobre todo, a partir de la grave crisis del verano de 1917, se sucedieron los acontecimientos que provocaron la caída del régimen de Alfonso XIII así como del establecimiento de la dictadura de Primo de Rivera, en el año 1923 (Fuentes y García, 2015: 122).

La gran crisis de 1917 iba a desarrollarse en tres fases sucesivas: la aparición y manifiesto de las Juntas de Defensa, el desafío al Estado de la *Asamblea de Parlamentarios* y la Huelga General revolucionaria promovida por el socialismo y las sindicales obreras.

A finales de 1916 los oficiales de infantería de Barcelona, encabezados por el coronel del Regimiento de Vergara Benito Márquez, crearon la Junta del Arma de Infantería, siguiendo el modelo de las Juntas de Artillería e Ingenieros establecidas a finales del siglo anterior, para oponerse a las reformas militares propuestas por el ministro de Guerra, general Luque, y conseguir una mejora económica ante el brusco aumento del coste de la vida. Entre las demandas de los junteros estaba el implantar en Infantería la escala cerrada, es decir, el ascenso por antigüedad (ya existente en Artillería e Ingenieros). Desde hacía un tiempo el tema de los ascensos por mérito de guerra era un tema espinoso: La Guerra de Marruecos había convertido África en un escenario para una rápida promoción en el escalafón militar; pero al mismo tiempo los soldados que permanecían en la península veían congelada su situación económica ante la alarmante carestía de subsistencias. Esta forma de promoción era también una fuente de abusos y favoritismos; una manera de privilegiar a los oficiales mejor relacionados. Su orientación sindical y algunas cláusulas de su reglamento fueron interpretadas por el gobierno como una muestra de insubordinación, como la exclusión de la Junta de los generales.

La crisis estalló el 25 de mayo de 1917. A pesar de estar disuelta oficialmente desde el día 10, la Junta de Infantería seguía funcionando; el general Alfau recibió un telegrama el día 24 del general Aguilera, ministro de la Guerra, conminándole a disolverla de forma efectiva. Alfau entró en conversaciones con el coronel Márquez, que se negó a seguir sus órdenes. De esta forma la junta se enfrentaba abiertamente al gobierno de García Prieto. El 26 de mayo el Capitán General ordenaba la detención de Márquez y de toda la Junta, que fueron encarcelados en las Atarazanas, de donde luego pasaron a Montjuich. Los detenidos fueron: coronel Benito Márquez, teniente coronel Silverio Martínez Raposo, comandante Rafael Espino, capitanes Manuel Álvarez, Miguel García y Pérez Pala y los primeros tenientes Emilio González y Marcelino Suarez.

Inmediatamente se constituyó una nueva Junta Provisional en Barcelona y oficiales de todas las guarniciones de la Península, como gesto de solidaridad con los dirigentes junteros de la capital catalana, se presentaron a sus superiores para ser arrestados también. El 30 de mayo el general Aguilera relevaba a Alfau de la Capitanía General de Cataluña y nombraba al general José Marina, un hombre más enérgico, pero para entonces ya era tarde para frenar la resolución y fuerza de los oficiales; por ejemplo, las Juntas locales de Valladolid y Zaragoza llegaron a telegrafiar a Barcelona si debían detener el tren que llevaba al general Marina a su nuevo destino. Cuando éste llegó a la ciudad condal se encontró en un escenario en el que nadie estaba dispuesto a obedecer sus órdenes.

El primero de junio los junteros pusieron en circulación un manifiesto en que mostraban su indignación y su determinación a resistir al gobierno, el que pasaría a conocerse como “El Manifiesto de las Juntas”. En él los junteros oponían un regeneracionismo militar al frustrado regeneracionismo de los políticos y enumeraban las tres necesidades del ejército, desatendidas por el elemento civil:

- 1- De orden *moral*, “lo que produce la falta de interior satisfacción y anula el entusiasmo”.
- 2- De orden *profesional o técnico*, “por la carencia de condiciones militares que no tiene medios de adquirir, por la unidad de doctrina que la rige y de material con que realizar sus fines”.

3- De orden *económico*, “en las cuales la oficialidad y la tropa se hallan peor atendidas que las de cualquier otro país, y también en condiciones inferiores a las de las clases civiles, análogas, del propio”.

Con un lenguaje cuidado y extremadamente respetuoso, lleno de alusiones al patriotismo y a los sacrificios que había realizado el ejército, dejaba claro el descontento existente dentro de las fuerzas armadas. Las Juntas de Defensa se habían creado entonces para exigir una solución satisficiera todas sus quejas y ¿Cuál había sido la respuesta de las autoridades a sus legítimas peticiones? El arresto de sus dirigentes. Los oficiales amenazaron al gabinete del duque de Alhucemas con encontrarse ante la insurrección militar en el caso de que, en el plazo de doce horas, no se rehabilitaran en sus puestos a los arrestados, no se diesen garantías de que no se iban a producir futuras represalias y si no se llevaba a cabo el reconocimiento oficioso de las Juntas. Las Juntas regionales recibieron órdenes al día siguiente de la Junta Central de Barcelona para tomar el control de los principales cuarteles de sus respectivas regiones.

El 9 de junio García Prieto y sus ministros dimitían, desbordados por la caótica situación. La noche de aquel mismo día se iniciaron las consultas regias para nombrar un nuevo presidente; Alfonso XIII llegó a pedir a García Prieto que continuara en el poder, pero éste confirmó su dimisión. El día 11, un nuevo gobierno presidido por Eduardo Dato, juraba en la Cámara regia. El ministerio de Dato significaba el riguroso mantenimiento del turno y por lo tanto una solución inadecuada a la agitación social y la rebelión militar que se estaba viviendo. La primera decisión de Dato al día siguiente de su juramento fue aceptar el Reglamento de las Juntas: sus pretensiones iniciales parecían aceptables; no se trataban de un movimiento revolucionario o antimonárquico, sino que eran producto del descontento militar. Además, resultaba cada vez más evidente que el gobierno tendría que hacer uso de las fuerzas militares.

La crisis derivada de las Juntas de Defensa fue interpretada por las fuerzas marginadas por el sistema como una clara señal de la inminencia de la caída del régimen. El 5 de junio, el mismo día que se hizo público el “Manifiesto de las Juntas” con su publicación en el diario La Época, republicanos y socialistas aceptaron la formación de un gobierno provisional formado por Melquíades Álvarez como presidente, Alejandro Lerroux,

Pablo Iglesias y Largo Caballero. El objetivo era la convocatoria de unas Cortes Constituyentes.

Ante la persistencia de Dato de mantener cerradas las Cortes (pues carecía de la mayoría parlamentaria y no disponía del decreto de disolución de las Cortes) Francesc Cambó, líder de la Lliga Regionalista tras la muerte de Prat de la Riba , tomó la iniciativa de convocar en Barcelona una Asamblea de Parlamentarios para exigir una reforma de la Constitución que incluyese la limitación de las prerrogativas regias, la democratización del Senado, la descentralización del Estado, incorporando la región como unidad administrativa. Cambó quería derribar el sistema canovista para erigir nuevas formaciones, capaces de emprender una transformación del Estado bajo la égida de la Monarquía.

Cambó invitó a participar en ella a los líderes de los partidos dinásticos; ninguno de ellos asistió pero si algunos conocidos diputados y senadores liberales. La iniciativa era subversiva y absolutamente inconstitucional, y así lo expresó Dato, cuando, con la convocatoria de Cortes en Barcelona, recordó que “sólo el rey, con el consejo de su Gobierno responsable, otorga al prerrogativa de convocar, reunir, suspender o disolver las Cortes”. También Alfonso XIII intentó por diferentes medios que Cambó abandonara la idea de convocar la Asamblea: por ejemplo, en una reunión que tuvo con uno de los hombres de confianza de Cambó, Alfonso Nadal, manifestó estar dispuesto a hacer algunas concesiones a los catalanistas, incluidas algunas carteras en un nuevo gobierno de coalición. Cambó buscó la colaboración de las Juntas, pero lo cierto es que cuando la Asamblea se reunió el 19 de julio en el palacio del Gobernador en el Parque de la Ciudadela, a ella sólo se sumaron los regionalistas, los socialistas, republicanos y reformistas; hubo un total de 55 diputados y 13 senadores. Pero Cambó no había medido bien lo arriesgado de su maniobra y sus propósitos “integradores” se vieron pronto rebasados por la decisión revolucionaria de republicanos y socialistas. La realidad era que el compromiso del socialismo con la Asamblea no se trataba sino de una aparente concesión política mientras se terminaba de preparar la Huelga revolucionaria que tenía como objetivo el derrocamiento del Régimen.

El mismo día 19 estallaba de una huelga de ferroviarios en Valencia que afectó al 70 por ciento de los ferroviarios y portuarios de Valencia . La Compañía del Norte de Valencia despidió a 36 obreros como represalia, lo que produjo un gran malestar. Una comisión

de ferroviarios del Sindicato Norte pidió al general Tovar, capitán general de Valencia, que actuara como mediador. La solución del conflicto pasaba por la liberación de los detenidos, el sobreseimiento de las causas y reincorporación de los ferroviarios despedidos por la Compañía a los mismos puestos que antes tenían. El general Tovar llevó a cabo las dos primeras medidas, aunque la tercera dependía de la Compañía, que se negó a la petición de reincorporación. También las gestiones del vizconde de Eza, ministro de Fomento, no lograron dar una solución y la Federación Nacional de Ferroviarios, en solidaridad con sus compañeros, declararon que irían a la huelga el 10 de agosto. Éste fue el momento en que los dirigentes de UGT y PSOE decidieron vincular esta ofensiva a la huelga general que se había planificado desde marzo.

Aunque Pablo Iglesias se mostró contrario a todo intento político revolucionario, los jóvenes dirigentes del partido y de la sindical anarquista lo extendieron a Andalucía, Galicia, Asturias, Vizcaya, Cataluña y Madrid. Pero el asalto cogía preparado a Dato. La revolución que había alcanzado su cresta el 15 de agosto, estaba liquidada el día 19.

La huelga iniciada el 13 de agosto fue desastrosa desde el principio. El paro tuvo muy poco seguimiento y quedó en un revuelta urbana limitada a Madrid y unos pocos centros industriales del norte y del este del país. Entre las razones por la que fracasó (falta de vínculos con el campesinado, la oposición de los sindicatos católicos, los jóvenes monárquicos voluntarios que se ofrecieron para mantener en funcionamiento los servicios públicos) el factor decisivo fue que el ejército permaneció unido y leal a la monarquía. Se declaró rápidamente el estado de guerra y el ejército se hizo cargo del orden público. Pocos días después los líderes del movimiento revolucionario habían sido detenidos, estaban escondidos o habían huido al extranjero.

## ***5. Balance final: España tras la Primera Guerra Mundial***

### ***5.1. El final de la Gran Guerra: panorámica general de Europa tras la Primera Guerra Mundial.***

El final de la Gran Guerra llegó a los combatientes casi por sorpresa, pues, tras tres años de conflicto ininterrumpido, ninguno de los combatientes había dado muestras de agotamientos, o por lo menos de un agotamiento total que les llevase a la rendición. Finalmente, fue en el año 1918 cuando se puso punto y final a la Primera Guerra Mundial. Alemania había comenzado a tener serias dificultades para seguir costearo la guerra, pues los recursos económicos se iban agotando, y, ni siquiera con la ocupación de los grandes espacios se había conseguido mejorar el problema de la alimentación y el abastecimiento de las materias primas fundamentales a los militares (Artola y Pérez, 2005: 462).

Para complicar más la situación a los alemanes, en 1917 los Estados Unidos entraban en el conflicto en el bando de la Entente. El equipo Hindenburg-Ludendorff aprovechó la superioridad temporal que el abandono del conflicto por parte de Rusia le otorgaba para utilizar en el frente oeste las fuerzas que le habían quedado disponibles en el este, con la intención de propiciar un final de guerra a su favor antes de que llegasen las tropas norteamericanas para reforzar la línea franco-británica. De esta forma, las tropas alemanas propiciaron sucesivos ataques para los que entrenaron unidades de asalto fuertemente armadas. No obstante, los alemanes no obtuvieron el resultado esperado, y no consiguieron el hundimiento de los aliados (Artola y Pérez, 2005: 462).

Como respuesta, los aliados iniciaron una contraofensiva que terminó propiciando la retirada alemana. En Alemania, en medio de una auténtica oleada revolucionaria, Guillermo II abdicó el 9 de noviembre de 1918 y terminó refugiándose en Holanda. El gobierno provisional terminó negociando un armisticio, mediante el cual, Alemania abandonaba el territorio aún ocupado, evacuaba la orilla izquierda del Rhin y entregaba la flota así como el resto del material de guerra. Cabe destacar que, aun cumpliendo con estas restricciones, los aliados no levantaron el bloqueo a Alemania (Artola y Pérez, 2005: 463).



Tras la retirada de Alemania de la contienda, se iniciaron una serie de conversaciones por parte de las potencias encaminadas a preparar la paz. El 11 de noviembre de 1918, se firmó en un vagón de un tren situado en el bosque de Compiègne, un armisticio por el que se ponía fin al conflicto bélico, y el 28 de junio de 1919, se llevó a cabo la conferencia de paz reunida en el Salón de los Espejos del palacio de Versalles, donde se establecieron los *catorce puntos* que condicionaban el establecimiento de la paz. Además de aquellas cuestiones referentes a la diplomacia pública, la reducción de las barreras aduaneras o la libertad de los mares, cuestiones que, a priori, no deberían encontrar ningún tipo de oposición, se estableció el principio de las nacionalidades, con la intención de proporcionar una guía segura para trazar fronteras y crear Estados, cuya aplicación sí podía crear fricciones entre las potencias. Así pues, el Tratado de Versalles culminó con la creación de la Sociedad de Naciones, destinada a dirimir los posibles conflictos que apareciesen en un futuro (Artola y Pérez, 2005: 463).

Así pues, en la Conferencia de Versalles se configuró un mapa del mundo nuevo a través de las modificaciones fronterizas impuestas a Alemania y a Rusia, de igual forma, el Imperio Austriaco desapareció y en su lugar se crearon nuevos Estados cuyas fronteras no concordaban con los límites del antiguo Imperio. Alemania tuvo que devolver Alsacia y Lorena a Francia y entregar Posnania a Polonia. Igualmente, perdió sus colonias, las cuales pasaron a estar bajo la tutela de la Sociedad de Naciones, la cual las distribuyó entre Francia e Inglaterra. Además, se reconocía la soberanía de la mayor parte de la Península Arábiga (Artola y Pérez, 2005: 466).

La Sociedad de Naciones diseñó un sistema de mandatos con dos fines: preparar el camino a la independencia de algunos territorios como Transjordania e Irak, o establecer los mandatos de más larga duración en las zonas afectadas con un escaso nivel de desarrollo, como las colonias alemanas de Camerún, Tanganika o Togo. Hungría alcanzó la independencia, pero perdió Transilvania en beneficio de Rumanía y Eslovenia en favor de Yugoslavia. Checoslovaquia se formó con Bohemia y Moravia. Igualmente se creó una Polonia independiente con salida al mar. Cabe destacar que quedaron fronteras sin determinar (Artola y Pérez, 2005: 465).

El Tratado de Versalles contenía otro tipo de disposiciones junto a las condiciones territoriales. Por un lado, Alemania tuvo que declararse culpable de todos los daños producidos a sus enemigos y se juzgaron a sus líderes políticos y militares por su

responsabilidad. Se creó una comisión que obligara a Alemania a sufragar las reparaciones de guerra. Además, a Alemania se le confiscó su flota mercante y la renuncia a los activos alemanes. En última instancia, se decidió que se hiciera uso público de todas las máquinas y procedimientos protegidos por el régimen de patentes, lo que afectó al funcionamiento de la industria alemana. Alemania no pudo hacer frente a todas las reparaciones de guerra, y fue, precisamente la implacabilidad del Tratado de Versalles con Alemania lo que favoreció el auge de los nazismos y, en última instancia, el desencadenamiento de la Segunda Guerra Mundial (Artola y Pérez, 2005: 465).

## ***5.2. España tras la Primera Guerra Mundial: la crisis del sistema y el fin del turno, uno de los daños colaterales de la Gran Guerra***

La crisis del 1917 hace referencia a un conjunto de sucesos que tuvieron lugar en España a lo largo del verano de 1917. En esa fecha, la crisis general del sistema era inevitable. Una serie de problemas de toda índole se sucedieron en el país, y, en esas circunstancias, el gobierno tuvo que hacer frente a tres desafíos simultáneos: el desencadenamiento de un movimiento militar organizado bajo las Juntas de Defensa, el movimiento político concretado bajo la Asamblea de Parlamentarios de Barcelona, y, por último pero no más importante, la huelga general revolucionaria de 1917 (Gutiérrez, 2017: 109).

De modo que, España estaba viviendo momentos convulsos, y la gravedad de los hechos se palpaba en tanto que España estaba sacudida por problemas económicos, sociales y militares, todo ello ante la impotente mirada del gobierno, que no podía contener la inflación de los productos, por lo que tampoco podía contener la agitación social que esto provocaba (Fusi y Palafox, 1997: 187).

Por lo tanto, las buenas intenciones de Santiago Alba, ministro de Hacienda, de invertir en desarrollo, educación, obras de infraestructura etc. mediante los pingües beneficios que la Gran Guerra estaba dejando en España, fracasaron por completo debido a la oposición de los medios empresariales. Lo que podía haber sido una forma sensible de gestionar la inyección extra de capital por parte de las exportaciones, se quedó en agua de borrajas (Fusi y Palafox, 1997: 187).

El descontento y el malestar desbordaron el funcionamiento del país, desembocando, como se ha dicho anteriormente, en la huelga general de 1917, que sacudió el país de tal forma que sus ecos se prolongaron hasta 1923, cuando se afianzó la dictadura de Primo de Rivera. Igualmente, la huelga de 1917, constituyó un desafío para la clase obrera española. Una nueva generación de militantes se había situado en la cabeza de las organizaciones sindicales, insuflando nuevas ganas de militar por el tan ansiado cambio. En ese sentido, el anarquismo de la CNT caló hondo por toda la Cataluña industrial. En junio de 1918, un congreso obrero catalán celebrado en el Ateneo Racionalista de Sants, consiguió agrupar a un total de 165 delegados que representaban a más de 74.000 trabajadores (Gutiérrez, 2017: 109).

Salvador Seguí, conocido como “El Noi del Sucre”, pretendió vertebrar la clase obrera, dirigiendo desde el sindicato único todos los sindicatos de industria, con la intención de llevar a buen puerto su estrategia revolucionaria sin ningún tipo de intervención estatal que frenara sus pretensiones, pues el Estado se había convertido en un mero títere en manos de los empresarios industriales que no había logrado frenar la inflación de los pueblos, lo que se tradujo en hambre para el pueblo. A su proyecto no tardó en unirse las agrupaciones sindicales del sector de la construcción (Gutiérrez, 2017:110).

Salvador Seguí se había granjeado una impecable oratoria entre las organizaciones anarquistas, por lo que, hacia 1917, apareció en el mundo sindical como el laureado impulsor de la renovación sindicalista, y los distintos sindicatos existentes comenzaron a adherirse en torno a la CNT, de tal manera que, cuando, en 1919, tuvo lugar la huelga La Canadiense, como señal de protesta por los grandes cambios, y no siempre buenos, que la Primera Guerra Mundial había generado en Barcelona. En esos momentos, los afiliados a la CNT eran más de 430.000 en toda Cataluña. Tras esto, la CNT siguió su movimiento de expansión, alcanzando impresionantes resultados en materia de afiliación en Madrid, Valencia y en Andalucía. Por lo tanto, la virulencia que en esta época estaban alcanzando los enfrentamientos sociales sólo fue posible por la rápida expansión que estaba teniendo la lucha sindical (Gutiérrez, 2017: 112).

En 1917, los socialistas convocaron una huelga, que fue el culmen de las tensiones políticas que se estaban viviendo en España. El objetivo de la huelga de 1917 era el de exhortar a las clases dominantes a iniciar de una vez por todas los cambios necesarios para que el sistema garantizase al pueblo una mínimas condiciones de vida dignas. En

España, como en el resto de Europa, estaba presente la revolución rusa, que había propiciado la caída del zar (Gutiérrez, 2017:112).

El gobierno de Romanones cayó, dejando paso al gobierno liberal de García Diego. Fue bajo su gobierno cuando, el Ministro de la Guerra, se propuso terminar con las protestas de los oficiales de rango medio e inferior en el Ejército. Efectivamente, había crecido el descontento en el sector militar como consecuencia de los bajos ingresos, problema que, unido a la cuestión de los ascensos por méritos de guerra, seguía obligando a los militares a luchar en Marruecos. En 1916 aparecieron las Juntas de Unión y de Defensa del Arma de Infantería, cuyo labor era la de defender los intereses corporativos de los oficiales, y, cuando el gobierno de García Diego quiso disolver las Juntas, la Junta de Infantería de Barcelona, publicó un manifiesto por el cual, se culpaba a España de los males del Ejército y del país, y se exhortaba al gobierno a que restableciera el orden en España (Fusi y Palafox, 1997: 186).

García Diego había intentado el arresto de la Junta de Barcelona, pero sólo consiguió reforzar la hermandad y la solidaridad militar, por lo que, el 11 de junio de 1916 dimitió, siendo sucedido por Eduardo Dato. Ante tal magna crisis, la Lliga Regionalista propuso la reapertura de las Cortes, hecho a lo que el recién estrenado presidente se negó rotundamente, por lo que, la Lliga Regionalista promovió una asamblea de parlamentarios de la oposición al gobierno, reunida por primera vez el 19 de julio. No faltaron a esta reunión regionalistas, republicanos, el reformista Melquíades Álvarez, el diputado socialista Pablo Iglesias, aunque sí faltó Cambó. Melquíades Álvarez propuso la formación de un gobierno provisional y la convocatoria de una asamblea constituyente, y, a partir del 5 de junio, formó un comité conjunto, secundado por la dirección de la CNT (Gutiérrez, 2017: 112).

La huelga se impuso en Barcelona, Madrid, Asturias, Bizkaia, Sabadell, Terrassa, Vitoria, Castilla, Galicia y Andalucía, no obstante, no tuvo el resultado esperado en la España campesina y fracasó en el sector ferroviario. El comité de la Huelga, integrado por Besteiro, Anguiano, Largo Caballero y Saborit, fue detenido (Gutiérrez, 2017: 113).

En Barcelona, sólo después de varios días de tiroteos y luchas callejeras, se restableció la normalidad. También hubo disturbios violentos en Sabadell, Zaragoza, Alicante, Valencia, Guipúzcoa, y en las cuencas mineras de Asturias, donde sólo después de una implacable represión por parte del Ejército, cesaron los enfrentamientos. El día 18 de

agosto el gobierno proclamó que el orden se había restablecido, dejando la huelga una cifra oficial de 200 heridos y 2000 detenidos. Dato había empleado a fondo la represión para finalizar la huelga (Gutiérrez, 2017: 113).

De manera que, existía una crisis en el sistema, pero también existía una crisis de la oposición, pues, la huelga fue duramente reprimida, no hubo reforma constitucional, la Asamblea de Parlamentarios no tuvo continuidad y la Lliga Catalana participaría posteriormente en los distintos gobiernos de la Monarquía. En ese sentido, no existió tampoco una ampliación de concesiones hechas a Cataluña, como esperaba Cambó, que pretendía que éstas fueran el camino para alcanzar la plena autonomía (Fusi y Palafox, 1997: 188).

El problema quedaba, de esta manera, paralizado, en punto muerto. El final de la Primera Guerra Mundial había sido recibido en España como el inicio de grandes cambios en el mundo. De esta manera, tras un conflicto que se había prolongado hasta cuatro años en el tiempo, en Europa había desaparecido lo nuevo, el orden del sistema internacional ya no iba a ser el mismo, de manera que, ¿cómo iba a perdurar España? Efectivamente, si en Europa se había impuesto un nuevo orden, era el turno para que en España se estableciera un orden nuevo<sup>11</sup>. La transformación era, por lo tanto, inevitable en este contexto, pero, la opinión pública era totalmente consciente de que los partidos del turno no servían para llevarla a cabo, por lo que, ¿quién podría terminar con la vieja política? (Valdeón, Pérez y Juliá, 2006: 485).

A partir de 1919, España experimentó niveles de conflictividad nunca antes imaginados, siendo la situación especialmente delicada en Barcelona, debido a que ésta era la ciudad de la central anarcosindicalista y a la intransigencia por parte de los patrones. De manera que, en Cataluña, la CNT convocó grandes huelgas, como la de La Canadiense, en los meses de febrero y marzo de 1919, que dejó sin electricidad a Barcelona durante varias semanas, y que fue respondida mediante atentados con los principales dirigentes sindicales, propiciando un Estado de guerra en el que fueron asesinadas 300 personas y heridas unas 800. En Barcelona, se había desatado, por lo tanto unos años de pistoleroismo que se extendió en el tiempo, cuando se iniciaron los conflictos para conseguir la libertad de los detenidos en la huelga La Canadiense. En esta fase de

---

<sup>11</sup> El nuevo orden internacional de Europa tras el Tratado de Versalles se analiza en el punto 5.1.

pistolerismo, fueron asesinados líderes socialistas de la talla de Salvador Seguí (Fusi y Palafox, 1997: 189).

La violencia se extendió al resto de España. En Andalucía, alentados por los ecos que llegaban de la revolución de los soviets, y enfurecidos por la inflación, se inició un movimiento de huelgas que se extendió por Jaén, Córdoba, Sevilla y Cádiz. Estas huelgas estuvieron acompañadas en todo momento por coacciones, asaltos a propiedades, quemas de cosechas y ocupación de tierras, por lo que los choques con la Guardia Civil no se hicieron esperar, dejando como consecuencia sangrientos ataques. Estos conflictos se extendieron en el tiempo más de lo que podría esperarse, por lo que los terratenientes comenzaron a tener miedo, pues los ecos de la revolución rusa comenzaban a pesar demasiado. Finalmente, el ejército envió un contingente de más de 20.000 hombres para dismantelar los centros obreros y proceder a la detención de sus dirigentes (Valdeón, Pérez y Juliá, 2006:487).

La conflictividad social estaba dejando consecuencias nefastas para el gobierno. Eduardo Dato terminó siendo víctima del pistolerismo que invadía las calles, siendo asesinado en marzo de 1921. Su muerte inició otra fase de rotación de gobiernos, hasta que en junio de 1921, siendo presidente José Sánchez Guerra, las tropas de Abd el-Krim derrotaron en Annual al ejército español, con más de 10.000 hombres muertos.

El conflicto entre España y Marruecos, se prolongó desde 1909 hasta 1927, y el Desastre de Annual se convirtió en uno de los mayores despropósitos de la historia contemporánea de España. Unos 20.000 soldados se retiraron, huyendo hacia Melilla. A Marruecos había acudido un ejército muy deficiente, pobre, mal alimentado, cuya táctica estratégica y logística carecía de cualquier organización óptima para una guerra de tales dimensiones.

Cabe destacar que el desastre de Marruecos constituyó únicamente pérdidas humanas entre las clases populares, pues, mediante el pago de 2000 pesetas, cifra que, a la sazón, era una pequeña fortuna, se podía esquivar el servicio militar obligatorio. Por lo tanto, la matanza de los españoles por las cabilas insurgentes lideradas por Abd el-Krim, provocó la muerte de las capas más bajas de la sociedad española, las cuales sufrían los daños de un gobierno incapaz, que estaba arrastrando a su país a la más absoluta de las miserias, sin ningún tipo de solución para mejorar el panorama europeo.

Tras el desastre de Annual, Sánchez Guerra abrió una investigación sobre las responsabilidades por el desastre, que llegó al Parlamento en el mes de diciembre de 1922. El debate sobre el desastre de Annual se saldó con la caída del gobierno, sustituido por García Prieto, que se puso al frente de una concentración liberal con presencia reformista (Valdeón, Pérez y Juliá, 2006: 489).

En las elecciones, el Partido Socialista obtuvo su representación más alta, siete diputados en total, que se sumaron a la petición de responsabilidades tras el desastre de Annual. García Prieto decidió crear una comisión especial, en la que estuvieran presentes todos los partidos, incluidos los republicanos y socialistas. Fue en estas fechas cuando, poco antes de la reapertura del Congreso tras el periodo estival, el día 13 de septiembre de 1923, Miguel Primo de Rivera se pronunció en Barcelona, abortando cualquier opción de cambiar la situación (Valdeón, Pérez y Juliá, 2006: 490).

España llevaba décadas enfrentándose a enormes problemas de distinta índole. El régimen español podía haber evolucionado, tal y como otros regímenes europeos lo hicieron en la década de los años veinte, tras el desenlace de la Primera Guerra Mundial, pero el golpe de Estado de Miguel Primo de Rivera lo impidió (Fusi y Palafox, 1997: 190).

El golpe de Estado de Primo de Rivera fue el resultado de la crisis política en la que estaba sumida el país, y, en cualquier caso, el desastre militar de Annual lo propició. Para el Ejército, lo sucedido en Marruecos fue la oportunidad perfecta para restaurar el honor que se había perdido en Cuba. En ese sentido, Marruecos creó una nueva mentalidad militarista, que veía en la vida militar y en el patriotismo formas superiores de vida. El honor, el servicio a la patria, la lealtad, el valor, todos estos conceptos calaron hondo en los oficiales que lucharon en Marruecos, entre los que destacan Millán Astray, Mola, Franco, Varela, Goded, entre otros nombres que serán claves en el devenir de España en los años posteriores (Fusi y Palafox, 1997: 191).

No obstante, la crisis de Marruecos generó una hostilidad insalvable entre el poder civil y el poder militar, y fue entonces cuando el Ejército se hizo a la idea de que la responsabilidad de lo que en aquellas fechas se estaba viviendo era única y exclusivamente del parlamentarismo, por lo que se presentó ante la opinión pública como un instrumento de salvación nacional. Alfonso XIII reconoció el golpe, y encargó la formación de gobierno a Miguel Primo de Rivera. Por lo tanto, el Ejército ponía

punto y final al sistema constitucional instaurado. En cualquier caso, cabe destacar que la dictadura no fue algo inevitable (Fusi y Palafox, 1997: 192).

Miguel Primo de Rivera impuso el orden a base de establecer medidas represivas contra la CNT y el PCE, así como contra el catalanismo y los diferentes movimientos nacionalistas que se habían gestado a lo largo de los años de la crisis de la Restauración. En ese sentido, en Cataluña, el dictadura hizo desaparecer la Mancomunidad, lo que tuvo como consecuencia la potenciación del nacionalismo radical. Su mayor éxito fue la solución al problema de Marruecos, para lo que asumió el Alto Comisariado en Marruecos y negoció la paz, concediendo a Abd el-Krim una amplia autonomía (Fusi y Palafox, 1997: 193).

## ***6. Conclusiones***

La Primera Guerra Mundial constituyó el conflicto más grande del mundo hasta la fecha. El asesinato del archiduque Francisco Fernando de Austria en Sarajevo prendió la mecha de una carnicería que se prolongó durante cuatro largos años, en los que Europa moría lentamente. Frente a este panorama, España consiguió prolongar su neutralidad durante la totalidad del conflicto. La elección de esta neutralidad obedece exclusivamente a la impotencia del gobierno, tanto en materia de política nacional, como en política internacional, pues el escaso margen de maniobra por el que la diplomacia española atravesaba esos momentos, impidió cualquier intento de participación en el conflicto.

Igualmente, la situación del Ejército español a la sazón acuciaba aún más la impotencia de España ante la Gran Guerra, pues estaba necesitado de todo tipo de recursos, empezando por una buena alimentación, hasta la necesidad de profundas demandas que llevaban años sin acometerse, imposibilitando con ello el ansiado desarrollo tecnológico que el Ejército de España demandaba. De modo que, las fuerzas militares de España no podían proyectarse fuera de las fronteras del país como un cuerpo sólido y respetable, más allá de la guerra que se estaba gestando en Marruecos, de la que, como ya se vio anteriormente, el gobierno español salió escaldado. De manera que, no existió una posibilidad real de negociar la neutralidad del país ante el estallido de la Gran Guerra.



Sea como fuere, más allá de los primeros beneficios económicos que configuraron una descollante pujanza comercial vasco-catalana, esta riqueza inicial, no tuvo, por desgracia, ningún reflejo en el país, pues, únicamente se benefició de ello una minoría ínfima perteneciente a la burguesía industrial. El resto del país sufrió en sus carnes la inflación y el estancamiento, cuando no era una bajada, de los salarios, hecho que contribuyó al empobrecimiento, aún más si cabe, de la sociedad española, por lo que las huelgas, protestas e insurrecciones revolucionarias no tardaron en aparecer por todo el país, muy especialmente tras el verano de 1917.

Efectivamente, la gravedad de la situación llegó a su punto álgido en el mes de agosto de 1917, cuando se produjo la conocida Huelga Revolucionaria, que se convirtió en la primera gran huelga general de la historia de España. Esta huelga estuvo alentada por las disfunciones que se produjeron con la distribución de los beneficios obtenidos por el comercio internacional durante los años de la Gran Guerra, en un contexto en el que se duplicaron los precios de los productos más básicos, y por ende, primarios para la empobrecida población española.

Esta huelga fue planeada como un mecanismo a través del cual acabar con la monarquía de Alfonso XIII, y fue planteada con la cooperación conjunta de socialistas, republicanos y anarquistas. El régimen se convulsionó profundamente y, aunque resultó un fracaso, aceleró la agonía que el régimen estaba viviendo, pues Eduardo Dato tuvo que echar mano del Ejército para poner control a la situación, beneficiando este hecho al movimiento de las Juntas de Defensa, que salió fortalecido de la situación.

Pero el sistema de la Restauración estaba llegando a su fin. La represión con la que fueron reprimidas las insurrecciones hicieron cada vez más y más mella en el descontento general, provocando el descontrol de los gobiernos, que se fueron sucediendo hasta que Miguel Primo de Rivera dio el golpe de Estado.

Por lo tanto, la Primera Guerra Mundial, y en especial desde la segunda mitad del conflicto, contribuyó a cristalizar en España los problemas que durante las últimas décadas habían acuciado al país, además de crear otros nuevos, como el espejismo de la bonanza económica que terminó convirtiéndose en una situación de empobrecimiento para las clases populares.

Además, la Primera Guerra Mundial provocó la vuelta de viejos fantasmas, como el entrometimiento del Ejército en la vida pública del país. Todo ello fue erosionando el sistema de la Restauración, y además, fue creciendo una hostilidad en las regiones clave, donde se incentivó el nacionalismo, como el ejemplo del País Vasco y Cataluña, cuya radicalización fue pareja a la respuesta del Ejército, que mantuvo el orden a base de reprimir brutalmente las insurrecciones que iban surgiendo.

Durante los últimos años de la Restauración, el Ejército entró en juego en la vida del país como un actor político de pleno derecho, y no precisamente como un instrumento al servicio del poder civil, y con esto, se esfumaron las opciones de restablecer una vida parlamentaria normalizada.

Por lo tanto, con el establecimiento del armisticio y de los Tratados de Paz, el gobierno de la Restauración agonizaba en una Europa que le había dado la espalda, totalmente indiferente a lo que en ella estaba sucediendo. En ese sentido, la exaltación del nacionalismo que la Gran Guerra había promovido caló en España, curiosamente por la presión de los sectores agrupados en torno a los que habían perdido la guerra, afín a la Iglesia Católica y el Ejército.

España inició un camino contrario al establecimiento de una auténtica democracia. Alfonso XIII vio en ese sentido con buenos ojos la dictadura de Primo de Rivera. Las opciones eran democratizar el sistema ya existente o darle una oportunidad a los aires autoritarios y populistas que Primo de Rivera parecía traer, y el monarca optó por la segunda opción. En ese sentido, la Primera Guerra Mundial contribuyó a socavar la monarquía Española y la guerra de Marruecos terminó destruyéndola.

## 7. Bibliografía utilizada

### • Libros

- ARTOLA, M., PÉREZ, M. *Contemporánea. La historia desde 1776*. Madrid: Alianza, 2005.
- CLARA GUERRERO, A., DOLORES ELIZALDE, M., RUEDA, G., SISINIO PÉREZ, J., SUEIRO, S. *Historia contemporánea de España, 1808-1923*. Madrid: Akal, 2011.
- FUENTES CODERA, M. *España en la Primera Guerra Mundial. Una movilización cultural*. Madrid: Akal, 2014.
- FUSI, J.P., PALFOX, J. *España: 1808-1996. El desafío de la modernidad*. Barcelona: Espasa Libros, 1997.
- GARCÍA SANZ, F. *España en la Gran Guerra. Espías, diplomáticos y traficantes*. Barcelona: Galaxia Gutemberg, 2014.
- GERWARTH, R. *Imperios en Guerra, 1911-1923*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2015.
- HOWARD, M. *La primera guerra mundial*. Barcelona: Crítica, 2003.
- LACOMBA, J.A., *La crisis española de 1917*. Madrid: Editorial Ciencia Nueva, 1970.
- LOZANO, A. *La Gran Guerra (1914-1918)*. Madrid: Marcial Pons Historia, 2014.
- ROMERO SALVADÓ, F.J. *España 1914-1918, Entre la guerra y la revolución*. Barcelona: Crítica, 2002.
- SECO SERRANO, C. *Los Borbones, Alfonso XIII*. Madrid: Arlanza, 2001.
- VALDEÓN, J., PÉREZ, J., JULIÁ, S. *Historia de España*. Madrid: Ediciones Austral, 2006.

### • Artículos de revista

- Comisión Española de Historia Militar. “La Primera Guerra Mundial: 1914-1918”. *Cuaderno de Historia Militar* 4. (2015), Madrid. Págs. 23-43.

- FUENTES, M. “La guerra en un país neutral. Los intelectuales españoles frente a Europa (1014-1918)”. *Fundación José Ortega y Gasset-Gregorio Marañón*, (2013), Girona. Págs. 1-41.
- FUENTES, M., GARCÍA, C. “España y la Gran Guerra: un análisis historiográfico a la luz del centenario”, *Índice Histórico Español*. Págs. 97-136
- GUTIÉRREZ-ÁLVAREZ, P. “Centenario de la crisis y/o revolución española de 1917”. *Viento Sur*, nº 15, agosto 2017.
- LARA, R. “Liberalismo y nacionalismo en la Europa del siglo XIX”. *Proyecto Clío*, 36, 1139-6237.
- MIRÁS, J.A. “El impacto de la Primera Guerra Mundial en la industria de La Coruña”. *Revista de Historia Industrial* nº 2, año XIV, 2005.
- ORTIZ DE URBINA, P. “La Primera Guerra Mundial y sus consecuencias: la imagen de Alemania en España a partir de 1914”. *Revista de Filología Alemana* vol. 15 (2007).Págs. 93-206.
- PONCE, J. “La neutralidad española durante la Primera Guerra Mundial: nuevas perspectivas”. *Publicaciones de la Universidad de Gran Canaria*.
- PÁEZ-CAMINO, F. “España ante la Primera Guerra Mundial”. *Cuadernos UMER* 87. (2015), Madrid. Págs. 3-24.
- QUIJANO, D. “Las causas de la Primera Guerra Mundial”. *Revista de Clases historia*, nº 192, 2011. Págs. 2-15.
- RAMOS, F., CALDEVILLA, D. “Dos caras de España en la Primera Guerra Mundial: de la mediación humanitaria de Alfonso XIII al suministro logístico de ambos bandos”. *Historia y Comunicación Social* Vol. 18 (2013).Págs. 223-244.
- SÁENZ-FRANCÉS, E., SÁENZ ROTKO, J.M. “¿La agonía de un neutral? España y la Primera Guerra Mundial” .*Comillas Journal of International Relations*, nº 02 (2015). Págs.127-141.